

Laudate

BOLETÍN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CRISTIANDAD-ESPAÑA



ABRIL

Nº 55



El ofertorio proléptico en las diferentes tradiciones litúrgicas.
Artículo del CIEL, por Rev. D. Gabriel Díaz Patri.

Vida de san Basilio (IV).
Anfiloquio de Iconio.

La obra de Fernando Yáñez de Almedina
«Cristo presenta a la Virgen los redimidos del limbo».
D. Francisco José Alegría Ruiz, Pbro. Canónigo de la
Catedral de Murcia.

Síguenos en nuestras redes sociales



Queridos Peregrinos:

¡Christos Anesti! Espero que hayan tenido un magnífico Triduo Santo y sigan disfrutando de una muy feliz Pascua Florida.

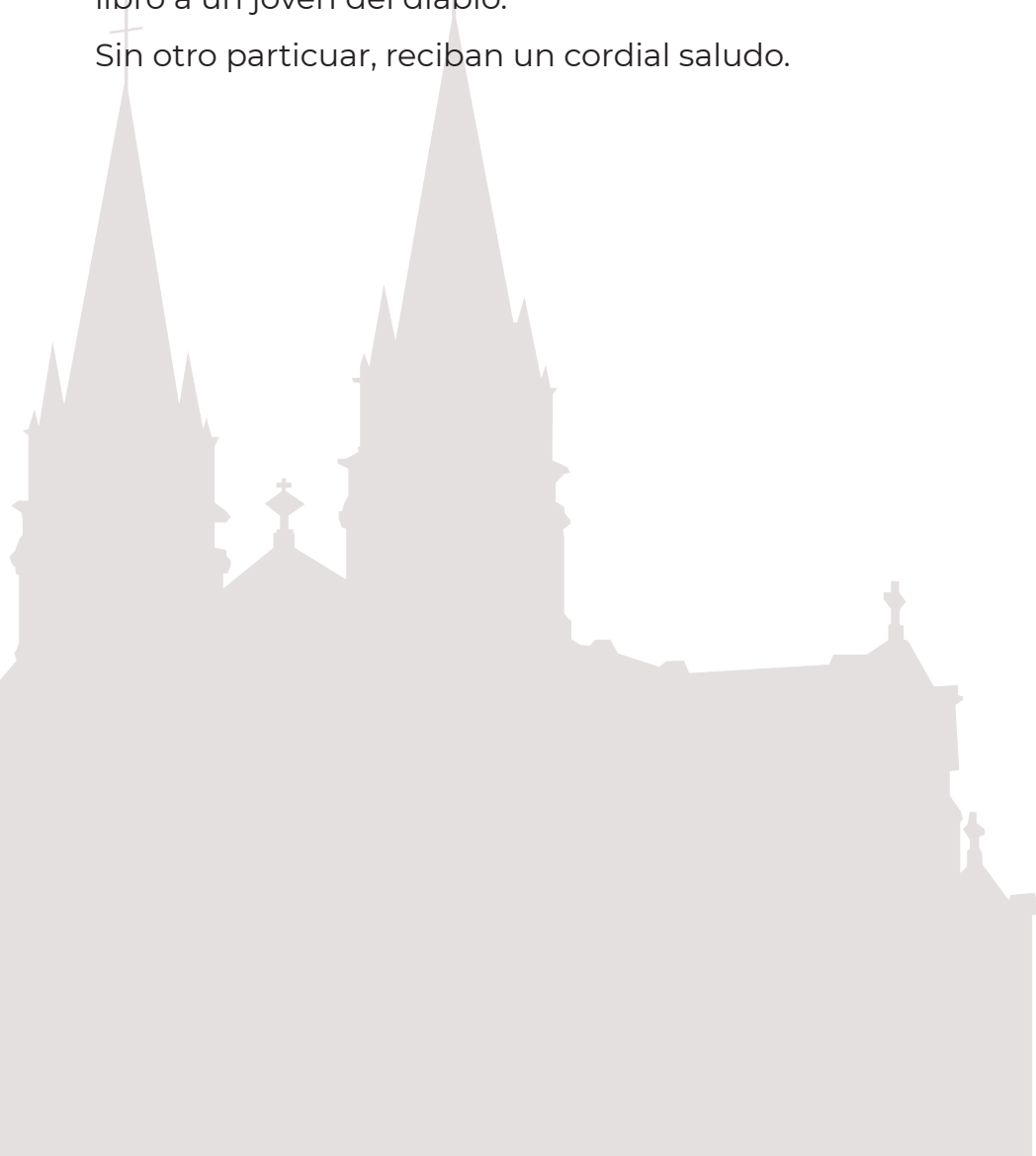
El año litúrgico, demostrando como siempre su conexión con la Naturaleza, la realidad y la verdad de las cosas, hace coincidir la cincuentena pascual con los inicios de la primavera. En esta estación se intensifican los preparativos de las múltiples peregrinaciones de Nuestra Señora de la Cristiandad, que quedan ya a la vuelta de la esquina.

En la Peregrinación a Chartres (Notre-Dame de Chrétienté) han vuelto a superar el número de inscritos este año, ¡ojalá ocurra lo mismo en nuestra peregrinación! Aún no se han abierto las inscripciones generales, pero ya se pueden inscribir como voluntarios desde la web. ¡Les animo a probar esta experiencia! Especialmente a los que ya hayan peregrinado otras veces. Es otra manera de vivir la peregrinación sin restar penitencia ni compañerismo.

En este número, continuamos reflexionando sobre el sacrificio eucarístico, un tema muy conectado con la Pasión y la Pascua, el tiempo en el que Cristo, el Cordero de Dios, es sacrificado. Por un lado, publicamos la segunda parte del estudio sobre los ofertorios del CIEL, que completa la imagen del mes anterior con los ofertorios de oriente. Por otro, contamos con un comentario sobre una obra de arte que profundiza en la relación entre Cristo y la Bienaventurada Virgen María, otro de los grandes temas de estos pasajes. Por último, continuamos publicando la vida de san Basilio: esta vez leeremos sobre cómo libro a un joven del diablo.

Sin otro particular, reciban un cordial saludo.

Víctor Asensi Ortega
Editor del boletín «Laudate»



EL OFERTORIO PROLÉPTICO EN LAS DIFERENTES TRADICIONES LITÚRGICAS

Artículo del CIEL, por Rev. D. Gabriel Díaz Patri



Naturaleza muerta de flores y uvas rodeando una custodia en un nicho, Jan van Kessel el viejo, 1670 ca. Extraído de la colección digital de la Galería nacional escocesa.

Nota: Agradecemos la generosidad del Centro Internacional de Estudios Litúrgicos (CIEL) por el permiso para publicar este artículo, fruto de una conferencia del XV Coloquio de dicho centro, que tuvo lugar el 5 de febrero de este año en Roma. El artículo fue dividido en dos partes: en el pasado número se trató sobre la tradición occidental y el del este mes abordaremos la oriental. Pronto estará disponible completo en la página web del CIEL.

En los ritos orientales encontramos igualmente frecuentes «anticipaciones» de la presencia real que, según el estilo propio de estas tradiciones litúrgicas, no se limitan a las palabras, sino que se traducen a menudo también en gestos y ritos que las acompañan.

En el rito bizantino, la preparación de los dones y el ofertorio se sitúan desde el inicio en un contexto claramente sacrificial: antes de comenzar la proscomidia, el sacerdote recita el tropario del Viernes Santo: un breve himno compuesto a partir de una combinación de textos bíblicos relativos a la redención (Gal 3, 13; 1 Pe 1, 19; Jn 19, 34):

«Tú nos has redimido de la maldición de la Ley con tu Sangre preciosísima. Clavado en la Cruz y traspasado por la lanza, haces brotar una fuente de inmortalidad para los hombres. Oh Salvador nuestro, gloria a Ti».

Inmediatamente, este sentido sacrificial se ve fuertemente reforzado y hecho presente cuando, durante la compleja preparación del pan (denominado de manera altamente evocadora «el cordero»), al cortar los fragmentos laterales

se utilizan las palabras del profeta que anuncia el sacrificio del Siervo sufriente:

«Como oveja fue llevado al matadero; y como cordero sin mancha, mudo ante el que lo trasquila, no abrió su boca. En su humillación fue exaltado su juicio. ¿Quién podrá contar su generación? Porque su vida ha sido arrancada de la tierra» (Is 53, 7-8).

Este mismo texto es utilizado también en el ofertorio por armenios, sirios y maronitas; pero, a diferencia de estos, el sacerdote bizantino, mientras lo recita, corta el «cordero» con la «lanza», un utensilio litúrgico propio del rito bizantino: un pequeño cuchillo con forma de lanza (en recuerdo de la Pasión), añadiendo después:

«Es inmolado el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, para la vida y la salvación del mundo» (cf. Jn 1, 29).

A continuación, traspasa con la lanza el lado izquierdo del «cordero», diciendo esta fórmula: «Uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza, y al instante salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero» (Jn 19, 34), fórmula que en este contexto adquiere una especial fuerza pues es acompañada por el verter vino y agua en el cáliz.

Estos mismos términos son utilizados también, aunque sin la ceremonia que los dramatiza, por los ritos siríaco, caldeo, malabar y armenio, y en Occidente por los ritos lionés, cartujano, mozárabe, ambrosiano y el de la Iglesia de Braga.

Los sirios malabares católicos (al igual que los nestorianos) preparan el cáliz utilizando una expresión aún más fuerte, que subraya todavía más la prolepsis: «La sangre preciosa es derramada en el Cáliz de Nuestro Señor Jesucristo...», y posteriormente vierten también el agua diciendo: «Uno de los soldados... etc.». Cuando el pan es colocado sobre la patena, se dice: «Que esta patena sea marcada con el cuerpo santo de Nuestro Señor Jesucristo...».

En el rito romano, la preparación del cáliz no tiene un sentido anticipatorio, sino que, mediante la adaptación de una antigua oración de la fiesta de Navidad, se realiza el simbolismo de la unión del agua y del vino para subrayar la elevación de la naturaleza humana realizada por Cristo, del cual se pide llegar a ser *consortes* de su divinidad.

El rito carmelitano, al igual que el dominicano, no posee una oración especial para la preparación del cáliz; en este último se dice únicamente: *In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*.

Los siríacos, como en Occidente en los ritos dominicano y lionés, recitan versículos del salmo 116 durante el ofertorio del cáliz: *Quid retribuam... calicem salutaris accipiam... «¿Cómo pagaré al Señor... ? Tomaré el cáliz de la salvación...»*

En el rito copto, el sacerdote, sosteniendo la hostia en sus manos, recita la oración del ofertorio, durante la cual, tras una apología en la que se reconoce indigno de tan alto ministerio, implora: «*Concédenos, Señor, que nuestro sacrificio sea aceptado ante Ti por mis pecados y por las ignorancias de tu pueblo*».

Posteriormente realiza la procesión alrededor del altar con las ofrendas, dando gloria a Dios, pidiendo la paz y la edificación de la Iglesia y de los oferentes, mientras al mismo tiempo dice: «*Acuérdate, Señor, de aquellos que han traído estos dones ante Ti y de aquellos por quienes han sido traídos. Concédenos a todos la recompensa celestial*».

En la Gran Entrada, que en el rito bizantino reviste una solemnidad particular, los dones son tratados igualmente como si Cristo mismo estuviera presente: los griegos los llevan en procesión por el centro de la nave (en algunos lugares el pueblo se postra ante la procesión); el sacerdote «bendice» al pueblo con ellos y luego el coro canta, concluyendo el himno de los querubines: «*para acoger al Rey del cielo y de la tierra, invisiblemente acompañado por las legiones de los ángeles*».

En el rito armenio, aunque la ceremonia no está tan desarrollada (pues la procesión tiene lugar dentro del santuario, pasando por detrás del altar) hay también un carácter proleptico: Al inicio de la ceremonia de la Entrada, se canta siempre el siguiente himno (utilizado igualmente en el rito caldeo y malabar, pero solo el domingo) que posee también un sentido fuertemente anticipatorio:

«El Cuerpo del Señor y la Sangre del Salvador están puestos delante de nosotros: las huestes celestiales cantan invisiblemente y dicen sin cesar: Santo, santo, santo, Señor de los ejércitos».

Al llegar el diácono ante el sacerdote dirá las palabras del salmo 23 (vv. 7-10): «*¡Alzad, puertas, vuestros dinteles; elevaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria!*»; y a la pregunta del sacerdote: «*¿Quién es este Rey de la gloria? El Señor de los ejércitos*», él responde: «*¡Éste es el Rey de la gloria!*». A continuación entrega el cáliz y la patena al celebrante, quien bendice

al pueblo con ellos diciendo: «*Bendito el que viene en nombre del Señor*».

En el rito etíope, el sacerdote realiza la procesión llevando las hostias en una cesta especial colocada sobre su cabeza, mientras el coro canta: «*Tú eres el arca de oro purísimo en la que se encuentra el maná, pan escondido que descendió del cielo y da la vida a todo el universo*».

El rito siríaco, durante el llamado «servicio de Aarón», es decir, el ofertorio celebrado al inicio de la Misa, incluye una oración comparable al *Suscipe Sancta Trinitas* de los ritos latinos mencionados anteriormente; en ella se encuentran el memorial de la obra de la redención, la conmemoración de todos los santos agradables a Dios «desde la creación», la conmemoración de los difuntos y, de modo particular, la de los oferentes.

«Hacemos memoria de Nuestro Señor, nuestro Dios y Salvador Jesucristo, y de toda la obra de la redención que Él ha realizado por nosotros: su Anunciación por medio de un ángel, su Natividad según la carne, su Bautismo en el Jordán, su Pasión redentora, su Elevación en la Cruz, su Muerte vivificante, su Sepultura venerable, su Resurrección gloriosa, su Ascensión al Cielo y su Sesión a la derecha de Dios Padre.

Conmemoramos sobre esta Eucaristía puesta delante de nosotros (nótese aquí la prolepsis muy marcada), ante todo, a nuestro padre Adán y a nuestra madre Eva, a la santa Madre de Dios María, a los Profetas, a los Apóstoles, a los Predicadores, a los Evangelistas, a los Mártires, a los Confesores, a los Justos, a los sacerdotes, a los santos Padres, a los verdaderos Pastores, a los doctores ortodoxos, a los solitarios y a los monjes, a aquellos que oran con nosotros y a todos los que, desde la creación, te han sido agradables, Señor, desde Adán y Eva hasta hoy.

Hacemos igualmente memoria de nuestros padres, de nuestros hermanos, de los maestros que nos han enseñado la doctrina de la verdad, de nuestros difuntos y de todos los fieles difuntos, en particular y nominalmente de aquellos que son de nuestra sangre, de aquellos que han participado o participan en el sostenimiento de este lugar y de cualquiera que esté en comunión con nosotros, ya sea con la palabra o con la acción, en lo pequeño o en lo grande; y de un modo muy especial de N..., por quien hoy se ofrece este sacrificio. [Aquí el celebrante recuerda los nombres de todos aquellos por quienes desea orar]».

De modo semejante se dice en el rito maronita:

«Santifica esta ofrenda y, por medio de ella, concede el perdón de las ofensas y la remisión de los pecados a todos aquellos por quienes es ofrecida: a mí, a mis parientes, a todos los fieles que han trabajado y cooperado conmigo, vivos o ya difuntos...».

Como puede observarse, también aquí aparecen elementos “anticipados” de la anáfora, de manera semejante a lo que sucede en el “cánon menor”, es decir, el ofertorio romano.

En el rito bizantino, esta conmemoración se realiza colocando junto al “cordero” partículas con las que se efectúan dichas conmemoraciones: primero la de la Virgen, cuya partícula se coloca a la derecha del “cordero” (con las palabras del Salmo 44, 10 «*La Reina está a tu derecha...*»), luego las de los santos, dispuestas en nueve categorías a la izquierda del cordero; posteriormente, se colocan las partículas «bajo» el «cordero», tienen ahí lugar los *mementos* de los vivos, comenzando por las autoridades eclesiásticas y civiles, luego los de los difuntos y finalmente el del propio sacerdote.

Conclusiones

De los ejemplos aportados se desprende que el ofertorio proléptico no constituye una anomalía propia del Occidente medieval; este fenómeno está presente ya en algunos de los elementos eucológicos más antiguos del rito romano y se halla ampliamente desarrollado en los ritos de Oriente, aún entre los que ya habían roto la comunión con el resto de la Iglesia en el siglo V.

No juzgamos aquí las implicaciones teológicas o sacramentales de este hecho ni su alcance, sino que nos limitamos a enumerar lo que constatamos en los distintos ritos examinados. Sin embargo, no puede dejar de señalarse que la notable extensión de este fenómeno no parece ser una anticipación indebida del sacrificio debida a una falta de atención, o una deformación debida a la importación de elementos pertenecientes a un área, cultura o época determinadas sino más bien una lógica litúrgico-teológica coherente, compartida por Oriente y Occidente a través de los siglos, según la cual el sacrificio eucarístico se comprende como un acto unitario articulado en fases preparatorias, oblativas y consumativas. En esta perspectiva, el lenguaje sacrificial empleado antes de la anáfora no designa un momento cronológico cerrado dentro de la celebración, sino evocar el sacrificio en cuanto totalidad intencional de la acción litúrgica.

VIDA DE SAN BASILIO (IV)

Anfiloquio de Iconio

Capítulo VIII

Heladio, de feliz recuerdo, que asistió y presenció los milagros que realizó, y que mereció recibir su sede tras la muerte de Basilio, de apostólica memoria, fue hombre ilustre en milagros y adornado de toda virtud. En cierta ocasión, el mencionado Heladio me contó que, queriendo un cierto senador fiel, llamado Proterio, partir a los lugares santos y venerables, y tonsurar ahí a su hija y ponerla en uno de los venerables monasterios, y que deseaba ofrecer a Dios sacrificio, el diablo, que desde el principio es homicida, concibiendo envidia de su religioso propósito, movió a uno de sus siervos y lo encendió en amor de la joven. Este, pues, siendo indigno de tal deseo, como no se atrevía a ponerlo por obra, se dirigió a uno de los detestables hechiceros, prometiéndole que si con sus artes la hacía cambiar de propósito, le daría una gran cantidad de oro. El brujo le respondió:

—Yo, hombre, soy incapaz de hacer esto, pero, si quieres, te puedo mandar junto a mi proveedor, el diablo, y él hará tu voluntad si tú haces la suya.

El siervo contestó:

—Haré todo lo que me diga.

Y el hechicero le preguntó:

—¿Renuncias a Cristo por escrito?

El siervo respondió:

—Sí.

Y el obrador de maldad le dijo:



San Miguel expulsando a Lucifer y a los ángeles rebeldes, Taller de Pedro Pablo Rubens, óleo sobre lienzo, 1622 ca. Extraído de la colección digital Museo Nacional Thyssen-Bornemisza, Madrid.

—Si estás dispuesto a ello, colaboraré contigo.

El siervo respondió:

—Estoy dispuesto, con tal de que alcance mi deseo.

Y, escrita la carta, el ministro de la peor de las acciones escribió una nota al diablo como destinatario de la carta, que decía:

«Puesto que es necesario que, en favor de mi señor y proveedor, me esfuerce en apartar a los cristianos de su religión y en procurar que se unan a tu sociedad para que tu porción resulte colmada, te envío a este hombre, herido por el deseo de una joven, como portador de mi carta, rogándote que pueda alcanzar su deseo, a fin de que pueda

gloriarme de ello y de que, con mayor denuedo, pueda conseguirte personas que te amen».

El hechicero, al darle la carta, le dijo:

—Sal a tal hora de la noche, ponte encima de la tumba de algún pagano, y levanta la carta en el aire, y se presentarán los que deben llevarte hasta el diablo.

El siervo, habiendo hecho todo esto con suma diligencia, pronunció una desdichadísima serie de palabras invocando al diablo y, de inmediato, se presentaron delante de él los príncipes del poder de las tinieblas, los espíritus de iniquidad, los cuales, cogiendo al que había sido engañado, lo llevaron con gran gozo a donde estaba el diablo, que apareció sentado sobre excelso solio, y rodeado de espíritus de iniquidad. El diablo, recibiendo la carta del hechicero, le preguntó a aquel infeliz:

—¿Crees en mí?

Él contestó:

—Creo.

El diablo le dijo:

—Vosotros, los cristianos, sois unos traidores, pues, cuando me necesitáis, venís a mí y, cuando conseguís lo que buscabais, renegáis de mí y os volvéis a vuestro Cristo, que, como es bueno y misericordioso, os acoge. Pero hazme por escrito voluntaria renuncia de tu Cristo y del santo bautismo, que será una promesa voluntaria, valedera por todos los siglos, de que estarás conmigo en el día del juicio para gozar en mi compañía de los eternos suplicios que me están preparados.

Y él le mostró lo que había escrito con propia mano, como se le había pedido. Al punto, aquel dragón corruptor de las almas mandó a los demonios encargados de incitar a la fornicación para que hiciesen arder a la chica en amor del chico. En efecto, la joven se echó al suelo y comenzó a gritar a su padre:

—Ten misericordia de mí, ten misericordia, porque me hallo atrozmente atormentada a causa del tal siervo nuestro. Compadécete de tus entrañas y muéstrame a mí, tu hija única, tu paternal afecto, y cásame con el joven que he elegido. Por el contrario, si no quieres hacerlo, me verás dentro de poco muerta de amarga

muerte, y darás cuenta a Dios por mí en el día del juicio.

Y el padre decía con lágrimas:

—¡Ay de mí, pecador! ¿Qué es lo que le ha pasado a mi hija? ¿Quién me ha robado mi tesoro? ¿Quién ha hecho daño a mi hija? ¿Quién ha extinguido la dulce luz de mis ojos? Yo siempre quise desposarte con el celestial esposo, Cristo, y hacerte partícipe de la multitud de los ángeles, y me afanaba en cantar a Dios salmos e himnos y cánticos espirituales, mas tú enloqueciste en la lascivia del desenfreno. Déjame, como quiero, hacer contrato con Dios, y no llesves mi ancianidad con tristeza al infierno, ni cubras de confusión la nobleza de tus padres.

Ella, por su parte, sin tener en cuenta en nada lo que su padre le decía, seguía gritando:

—Padre mío, cumple mi deseo o dentro de poco me verás muerta.

El padre, pues, quedó muy fuera de sí y, absorbido por tan gran tristeza, siguió los consejos de sus amigos, que le aconsejaron que era mejor cumplir la voluntad de la joven que ver cómo se mataba con sus propias manos, y así, consintió, ordenando que se pusiese por obra el deseo de la joven, pues no quería verla entregada a una muerte tan criminal. Poco después, citó al chico de que se trataba y a su propia hija y, dándoles todos sus bienes, dijo:

—Salve, hija verdaderamente miserable. Mucho te lamentarás arrepintiéndote en tus postimerías, cuando nada te aprovechará.

Así pues, de esta manera se pudo realizar la unión del nefando matrimonio, ya que el crimen había logrado su efecto por obra del mismo diablo. Poco después, algunos empezaron a darse cuenta de que el chico no iba a la iglesia ni recibía los sacramentos inmortales y vivificantes, y dijeron a su miserable esposa:

—Has de saber que el marido que te has elegido no es cristiano, sino extraño y completamente ajeno a la fe.

Ella, invadida de tinieblas, y herida de tan profunda llaga, se echó al suelo y empezó a rasgarse con sus uñas, a golpearse el pecho y a gritar:

—Jamás nadie desobediente a sus padres se ha salvado. ¿Quién anunciará a mi padre mi

confusión? ¡Ay de mí, infeliz! ¡A qué profundidad de perdición he descendido! ¿Por qué nací? ¿Por qué no fui arrebatada en cuanto nací?

Y, descubriéndola su marido así llorando, se acercó a ella, asegurándole que no era verdad, y ella se consoló con sus persuasivas palabras, y le dijo:

—Si quieres que quede en paz y dar certeza a mi infeliz alma, mañana yo y tú iremos juntos a la iglesia, y ante mí recibirás los inmaculados misterios, y así podrás hacer que quede en paz.

Entonces, entre la espada y la pared, le descubrió las condiciones del pacto que había hecho. Al instante, la joven, dejando atrás la fragilidad femenina, tomó una buena decisión, y corrió junto al pastor y discípulo de Cristo Basilio, clamando contra una impiedad tan grande:

—Muéstrame misericordia, santo de Dios, que soy una miserable; apiádate de mí, discípulo del Señor, que he hecho un pacto con los demonios. Apiádate de mí, que me hice desobediente a mi propio padre.

Y le dio a conocer el asunto de lo que había pasado. Por su parte, el santo de Dios, llamando al chico, le preguntó si esto era así, el cual dijo al santo con lágrimas:

—Así es, santo de Dios, pues, si yo callase, gritarían mis obras.

Y le relató la maligna operación del diablo, y cómo la había seguido desde el principio hasta el fin. Entonces le dijo:

—¿Quieres convertirte al Señor nuestro Dios?

Él respondió:

—Quiero, pero no puedo.

Basilio le preguntó:

—¿Por qué?

Él contestó:

—Renuncié a Cristo por escrito e hice un pacto con el diablo.

Y le dice el santo:

—No te preocupes, nuestro Dios es benigno, y te acogerá si haces penitencia, pues es más benigno que malas son nuestras maldades.

Y, echándose la chica a sus pies, le rogaba al modo evangélico, diciendo:

—Discípulo de Cristo nuestro Dios, si puedes, ayúdanos.

Y le dice el santo al chico:

—¿Crees que puedes salvarte?

Y él respondió:

—Creo, Señor; ayuda mi incredulidad.

Y, tomando al instante su mano, y haciendo sobre él la señal de Cristo y una plegaria, lo metió en el lugar en que se guardan los ornamentos sagrados, y, dándole una regla, siguió orando por él durante tres días, transcurridos los cuales, lo visitó y le preguntó:

—¿Cómo te encuentras, hijo?

El joven le respondió:

—Me hallo, señor, en gran desfallecimiento. Santo de Dios, no soporto los gritos, los terrores, sus dardos y piedras. Sosteniendo con sus manos el escrito de mi puño y letra, me arguyen, diciendo: «Tú viniste a nosotros, no nosotros a ti».

El santo le dijo:

—No temas, hijo mío, tan solo cree.

Y, dándole un poco de comida, y haciendo sobre él de nuevo la señal de Cristo y una oración, lo encerró, y después de pocos días, lo visitó y le dijo:

—¿Cómo te encuentras, hijo?

Y él respondió:

—Padre santo, oigo de lejos sus gritos y amenazas, pero no los veo.

Y dándole comida de nuevo y, pronunciada la oración, cerró la puerta y se marchó. Por fin, a los cuarenta días volvió a él y le preguntó:

—¿Cómo te encuentras, hermano?

Y le respondió:

—Bien, santo de Dios, te vi hoy en sueños luchando por mí y venciendo al diablo.

Otra vez, haciendo oración según su costumbre, lo sacó de allí y lo llevó a su casa. Por la mañana, convocando al venerable clero, a los

monjes, y a todo el pueblo amado de Cristo, les dijo:

—Hijos míos queridos, demos todos gracias al Señor, pues va a suceder que el pastor bueno ponga sobre sus hombros a la oveja perdida y la reconduzca a la Iglesia, y es necesario que pasemos la noche en vela y que roguemos a su voluntad para que no venza el corruptor de las almas.

Lo cual realizado, y reunido con prontitud el pueblo, rogaron toda la noche con su buen pastor a Dios, clamando por él con lágrimas: «Kyrie, eleison». Ya de mañana, en presencia de toda la multitud del pueblo, tomó el santo al chico y, teniendo su mano derecha, lo condujo a la santa iglesia de Dios con salmos e himnos. Pero el diablo, siempre envidioso de nuestra vida, como no podía verlo sin tristeza, se presentó con todo su pernicioso poderío y, tomándolo invisiblemente, quiso arrebatarse al chico de mano del santo, y el chico empezó a gritar: «Santo de Dios, ayúdame». Su insistencia era tan desvergonzada que llegaba a empujar y a tirar al suelo al mismo egregio Basilio junto con el joven. Por su parte, el santo, volviéndose al diablo, lo increpó:

—Sinvergüenza, violador de las almas, padre de las tinieblas y de la perdición, ¿no te basta con tu perdición, que has adquirido para ti y para los que están bajo tu mando, sino que ni así puedes parar, poniéndote a tentar a quien mi Dios modeló del barro?

Mas el diablo le respondió:

—Me haces daño, Basilio.

Al punto que muchos oyeron sus gritos. Pero el santo de Dios le dijo:

—Te increpa el Señor, diablo.

Y él decía:

—Basilio, me haces daño. No fui yo a él, sino que él vino a mí renunciando a Cristo, y ha pactado conmigo bajo promesa, y lo tengo por escrito, y el día del juicio lo traeré ante el juez común.

Y dijo el santo del Señor:

—Bendito el Señor mi Dios, que no bajará este pueblo sus manos, que tiene elevadas hacia lo alto del cielo, hasta que devuelves el escrito. —Y volviéndose, dijo al pueblo— Levantad vuestras manos al cielo, gritando todos con lágrimas: Kyrie, eleison.

Y, como estuviese el pueblo por mucho tiempo con las manos levantadas hacia el cielo, apareció el escrito del chico por el aire, y todos lo vieron cuando llegó, y se posó en las manos de nuestro egregio padre y pastor Basilio. Una vez recibido, dio gracias a Dios y se alegró muchísimo junto con todo el pueblo, y dijo al chico:

—¿Reconoces esta letra, hermano?

Y él respondió:

—Sí, santo de Dios, es escritura de mi propia mano.

Y, rompiendo el papel, lo introdujo en la iglesia, y fue hallado digno de asistir a la Santa Misa y participar de los sagrados misterios y dones de Cristo y, al recibirlos, alegró a todo el pueblo. El joven recibió guía e instrucción, y Basilio, tras darle una regla de acuerdo con sus circunstancias, lo entregó a su esposa mientras glorificaba y alababa a Dios sin cesar. Amén.

LA OBRA DE F. YÁÑEZ DE ALMEDINA «CRISTO PRESENTA A LA VIRGEN LOS REDIMIDOS DEL LIMBO»

D. Francisco José Alegría Ruiz, Pbro. Canónigo de la Catedral de Murcia



Cristo presenta a la Virgen a los redimidos del Limbo. Fernando Yáñez de la Almedina y taller. Óleo sobre tabla, 1510 - 1518. Extraído de la colección digital del Museo del Prado.

Fernando Yáñez de Almedina se cuenta entre los principales pintores del Renacimiento de la primera mitad del siglo XVI en España, y, junto con Hernando de Llanos, trabajó fundamentalmente en ciudades como Valencia y Cuenca. Conocedor del estilo de Leonardo da Vinci, a quien posiblemente conociera en una estancia en Italia, trabajó interesantes composiciones en las que la figura humana adquiere la centralidad propia del humanismo artístico, con escenas de relajada y equilibrada composición.

El asunto de la tabla del Prado, Cristo presentando a la Virgen los redimidos del limbo, no se recoge en los Evangelios, pero sí tiene su fuente de inspiración, no obstante, en la piedad cristiana que daba por descontado que la primera aparición del Resucitado fue a su Madre. Algunos autores, como san Ambrosio de Milán, habían tratado el tema, y, en el ámbito español, sor Isabel de Villena, religiosa clarisa valenciana, a finales del siglo XV lo relata pormenorizadamente en su *Vita Christi*, texto que sin duda conoció el pintor y le sirvió de inspi-

ración para su obra. Semejante tradición, fuertemente asentada, contaba incluso con la veneración del emplazamiento donde sucedió el hecho, transformado en Capilla de la Aparición de la misma basílica jerosolimitana del Santo Sepulcro.

Composiciones como la de Fernando Yáñez muestran el esfuerzo de artistas y comitentes por dar sentido teológico a la escena representada. Es interesante advertir cómo la postura de la Santísima Virgen y su relación con la de Cristo remiten a la consolidada iconografía de la Anunciación. María de rodillas aparece meditando, no ya en el libro con la que se la representa en el hogar de Nazaret, sino ahora en los dolores de la pasión, cifrados en la corona de espinas. Y al igual que fue sorprendida por el Arcángel san Gabriel para ser la primera en recibir la buena noticia de la Encarnación del Verbo, recibe ahora la visita de su mismo Hijo

también para acoger, la primera, la alegría de la Resurrección.

Cristo porta el lábaro con la cruz y deja ver no solo las heridas de manos, pies y costado, sino las marcas de las espinas de la corona sobre su frente. Pero lo más interesante de la iconografía es el numeroso grupo de santos, que, rescatados del limbo, son presentados a María antes de ser llevados al cielo tras Cristo. Adán y Eva se arrodillan ante la Madre de Dios, quien como nueva Eva, viste los mismos colores que la madre de los vivientes. Se establece así una evidente comparación, también insinuada entre Cristo, nuevo Adán y el primer Adán, quienes cubren de semejante modo su desnudez y posicionan de igual manera el brazo. Otros padres del Antiguo Testamento rodean la figura de san Dimas, quien abraza la cruz como atributo que lo distingue como quien compartió el mismo desenlace de Cristo pero supo arrepentirse a tiempo.

Suscríbete a nuestro boletín

Pincha en el enlace de abajo para suscribirte a nuestro boletín *Laudate* y ayudarnos a difundirlo.

Suscríbete